

VIII CERTAMEN DE NARRACIÓN CORTA “CIPRIANO ACOSTA” - 2010

PREMIO EN LA CATEGORÍA DE SEGUNDO CICLO DE LA ESO

Mi accidental felicidad

Hola, me llamo Eva Torriceli y estoy completa y profundamente enamorada.

No sé cómo, ni cuándo, ni en qué momento de mi vida sucedió, pero estoy segura de que se trata de eso a lo que muchos llaman amor. Siempre había pensado cómo me sentiría, cómo sabría si estaba enamorada o tal vez sólo me gustase aquel chico, pero la verdad es que creo que una vez estés enamorada es muy fácil saberlo.

Yo siempre había deseado tener a alguien. Alguien que supiera de esos detalles insignificantes que componen mi persona y que con sólo mirarme a los ojos supiera si algo no iba bien, alguien con el que hablar resultara sencillo y gratificante, con quien no pudiese parar de reír. Alguien que no me cuestionara. Pero nunca había tenido suerte, nunca había conocido a nadie que se comportara así conmigo... Tal vez yo fuese el problema, tal vez yo no encajaba con nadie. Todas mis amigas tenían a su media naranja y yo... bueno yo, no tenía a nadie. Me había ilusionado millones de veces, pero al final siempre las naranjas resultaban estar podridas, o lo que es peor, envenenadas. Después de tantas decepciones, incluso llegué a crear una definición casi precisa de lo que era el amor, después de todo aquello, me había dado cuenta de que el amor no es como se cuenta en los cuentos, no es como se pinta en los cuadros ni como se dice en las películas. El amor es olvidar a la persona que has creído querer, aunque no puedas, intentar que tu corazón no se desboque cuando le ves, intentar encontrar las palabras exactas cuando te habla, porque sólo con oír su voz, tu mente se paraliza. El amor es aceptar que la persona por la que estarías dispuesta a darlo casi todo no siente lo mismo por ti. El amor es una niña de siete años que sueña con su príncipe azul, y es el momento en el que asimila que ese príncipe azul nunca llegará. El amor es sólo una palabra, que da nombre a un sentimiento, que ningún ser humano ha logrado describir, el amor es blanco o es negro, para unos la cosa más maravillosa del mundo, y para

otros, bueno, para otros, una larga búsqueda sin fin, cargada de sufrimiento... sí, eso era el amor, y parecía que a mí me había tocado la segunda opción.

Caminaba sin rumbo por las calles y, de repente, me caí. Este tropiezo fue el comienzo de mi buena suerte. Había chocado con un chico, bastante guapo he de añadir, por favor, no me digan que no parece la típica novela americana, en la que en los pasillos, frente a las taquillas, la chica queda prendada del chico guapo del instituto. Bien, yo no era aquella animadora desbocada de los Lyon, ni John, un jugador de rugby. Pero bueno, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí! Yo estaba en el suelo y él había caído encima de mí...

- Lo siento, andaba a toda prisa para llegar a mi nuevo trabajo, ¿te he hecho daño?

- No, tranquilo, no te preocupes, la culpa no ha sido tuya. Seguro que has perdido tiempo por mi culpa.

- Anda, déjate de boberías, no te preocupes, supongo que por llegar tarde un día no me despidan, aunque ese día se trate del primero. Oye, ya que llego tarde ¿qué te parecería tomarte algo conmigo en el café de al lado?

- Eh, pues, la verdad es que...

- Lo siento se me ha olvidado decirte algo, y es que no acepto un “no” por respuesta, además, me lo debes después de hacer que no llegase a trabajar ¿recuerdas?

- En tal caso, de acuerdo, me tomaré algo contigo.

- Bien, iremos a Cravioto ¿lo conoces? Hacen los mejores capuchinos de toda la Italia.

- He oído hablar de él, pero no, jamás he ido.

- Bueno, para todo hay una primera vez, así siempre recordarás que la primera vez que pisaste Cravioto fue conmigo ¿no crees? Por cierto ¿cómo te llamas?

- Sí, supongo que es un curioso recuerdo. Eva, Eva Torriceli, ¿y tú?

- John, John Bassu. Un placer, Eva.

- El placer es todo mío, John.

- Bonito comienzo el nuestro ¿no creen? A John, **por ese entonces, nada le hacía sospechar que pronto iba a formar parte de una historia, mi historia.**

Entramos a Cravioto y nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, desde donde podíamos ver todo lo que pasaba fuera. Aquel viejo café era precioso, todo el mobiliario era de madera, y los manteles, al igual que las cortinas y los pequeños cojines de las sillas, eran de un color vainilla; cada mesa estaba decorada con un jarrón azul y en su interior, margaritas. En el fondo del café, había un piano que tocaba “Comptine d'un autre été” de Yann Tiersen, joven músico francés.

-¿Te gusta, Eva?

- Me encanta, John, es precioso.

- Te lo dije, el mejor café de toda Italia y espera a probar sus capuchinos y verás, por cierto, voy a pedirlos a la barra, ahora vuelvo.

Me quedé unos segundos con la mente en blanco, y luego lo miré, estaba apoyado en la barra esperando su turno, ¡dios mío!, estaba con un completo desconocido, pero me inspiraba tanta confianza, era tan encantador... pero... ¡alto! ¿Qué estaba diciendo? lo había conocido ¿hace cuánto?, ¿veinte escasos minutos?

- Eh, ¿en qué piensas?

- Nada importante.

Él sonrió.

- ¿Oye, Eva, te has parado a mirar fuera?

- Sí, la verdad es que tiene unas fantásticas vistas a la ciudad.

- ¿Sabes? A menudo vengo a este café y me tomo mi capuchino mientras veo a la gente fuera, entonces me paro a pensar y me doy cuenta de que el mundo va demasiado rápido, todo sucede muy deprisa ¿no crees?... Pero bueno, supongo que da igual, a nadie le importan los pensamientos de un joven italiano. Y cuéntame ¿vives por aquí?

- Sí, vivo unas manzanas más allá.

- Unas manzanas más allá también está el videoclub en el que trabajo, si es que aún no me han despedido. Es un trabajo de verano, necesito el dinero para pagarme la universidad, quiero entrar en la facultad de medicina. ¿Y tú qué haces?

- Yo estoy en el primer año de derecho, pero, en realidad, me quiero dedicar a la fotografía, sólo que mis padres querían que fuese a la universidad.

- Eso es lo normal, los padres siempre quieren lo mejor para sus hijos. ¿Sabes? Mi sueño desde pequeño era ser director de cine. Soñaba con dirigir grandes obras de amor como *Titanic*, ¿te gustan esa clase de películas?

- Claro, es el sueño de cualquier chica, aunque yo las encuentro un poco irreales.

- ¿Irreales? ¿No me digas que no crees en el amor?

- Supongo que sí creo en él, aunque más bien quiero creer en él, pero hace tiempo que no tengo ninguna razón para hacerlo.

- Vaya, eso es muy triste.

- No creo que pierda nada.

- ¿Ah no? Coge tu abrigo y sígueme

John me llevó por toda Italia intentando demostrarme la existencia del amor verdadero y créanme que lo consiguió. Pasamos juntos todo el verano aprendiendo el uno del otro. Yo iba a visitarlo todos los días al videoclub y él me recogía en la universidad después de que acabase el campus de verano. Me llevaba a recorrer lugares repletos de belleza que mis ojos nunca habían visto antes, yo fotografiaba todo lo que veía.

El 16 de julio era mi cumpleaños, él no pudo estar conmigo, ya que aquel fin de semana había viajado con su padre a Inglaterra, y justo cuando casi había acabado el día y pensaba que John, mi mejor amigo, la persona con la que había pasado tanto tiempo se había olvidado de mi cumpleaños, llegó a mi casa un gran paquete con un lazo color frambuesa y una tarjeta que ponían "*Para Eva*", así que me dispuse a abrirlo y dentro encontré un álbum de fotos. En la primera página ponía "*Beautiful Things*"; dentro estaban las fotografías de todos los lugares a los que habíamos ido aquel verano, los

campos Mariotti, las costas de Nápoles y la preciosa Roma, al final del álbum había una foto mía y debajo ponía “¿Te he dicho alguna vez que te quiero? Te quiero”

Aquellas palabras me dejaron perpleja y fue la gota que colmó el vaso. Sí, yo, Eva Torriceli volvía a creer en el amor.

John llegó dos días después y me preguntó si me había gustado su regalo, yo lo miré a los ojos y le dije que sí, él me besó. Aquella tarde fue maravillosa, volvimos a Cravioto a tomarnos un capuchino al igual que unos meses antes. John me miró a los ojos y dijo:

-Yo te prometo un “parasiempre”, ¿tú me lo prometes?

-Eso es demasiado tiempo, todo se puede torcer y podemos acabar odiándonos.

-Bueno, aunque te odie, si me necesitas, iré.

-No lo creo...si me odias no me querrás ver...

-Pues cierro los ojos.

-No me querrás oír.

-Pues no te dejaré hablar...Te abrazaré y te diré: ¿Te acuerdas de aquella tarde que te prometí un “parasiempre”? Lo decía de verdad.

- De acuerdo, John, te prometo un “parasiempre”.

- ¿Sabes por qué te digo todo esto ahora Eva? Lo hago porque en estos días que llevamos separados me he dado cuenta de que quiero estar el resto de mi vida contigo, y cuando te das cuentas de eso, deseas que el resto de tu vida comience lo antes posible.

- John, te quiero.

- Y yo a ti. Por cierto, queda más que demostrada la existencia del amor ¿no?

- Sí, queda demostrada.

Preciosa historia ¿no creen? ¿Saben? Hay momentos en la vida en que ésta puede parecer complicada y necesitas a personas que te hagan pensar en lo bella que puede llegar a ser, personas que te hagan tocar las estrellas con la punta de los dedos, para luego, no desilusionarte borrando las estrellas del cielo. Personas que te sirvan de faro en tiempos de tormenta, cuando el mar está agitado y uno pierde de vista la tierra,

personas que crean en ti y no se tomen como un juego cosas que para ti son extremadamente importantes, personas que saben cómo hacerte feliz y a las que nunca se les olvida cómo... Personas que te hagan sentir a tres metros sobre el cielo... John era una de esas personas.

Immer

Claudia Domínguez Guerra, 4º ESO, IES Bañaderos.